

CARRER DE LA CIUTAT

REVISTA DE ARQUITECTURA

N.1 ENERO 1978

PRECIO 90 PESETAS

Hacer arquitectura, hacer academia

"Llegar al control total de la ciudad por medio del diseño-proyecto de un único arquitecto o de un grupo homogéneo de arquitectos se ha demostrado tarea ilusoria desde los lejanos tiempos de las ciudades ideales renacentistas; pero tan ilusoria me parece, hoy en día, la pretensión de cualificar una ciudad moderna a partir de las actuaciones aisladas de los arquitectos".

Esto escribía L. Quaroni en su primer libro "La torre de Babel", publicado en 1967 y traducido no hace demasiados años al castellano,

Eran los años en que en las Escuelas se lanzaba la propuesta del Town Design, el intento más importante de superar la dicotomía arrastrada durante años entre arquitectura y urbanística. Se trataba, entonces, de dar espesor cultural a una nueva y deseada colaboración entre arquitectos, planificadores, urbanistas y críticos, a un proyecto global de "re-uso" de la ciudad, capaz de ofrecer al proyectista "una idea general, pero no detallada, de la estructura formal del fragmento de ciudad en el que iba a actuar, junto con los estímulos necesarios para suscitar su interés creativo, tanto al nivel de la forma como al de los contenidos de vida".

Una idea de ciudad como proceso en marcha, rápido y abierto, donde aparecieran destacadas en evidencia las aportaciones conceptuales de los distintos técnicos, antes que los elementos concretos de su construcción, los edificios en sí, entendidos entonces desde su efímero valor formal frente a una estructura urbana en constante y rápido cambio.

Pegada al libro, confirmaba su planteamiento la cuidada selección de "imágenes de referencia": desde la planta de Priene al palacio de Spalato, desde las cárceles de Piranesi a las utopías urbanas de los Archigram. El valor de cada "pieza" individual quedaba anulada, por así decir, en las

relaciones globales del conjunto. "Los libros de los arquitectos, estén escritos o dibujados, son propuestas de ciudades" decía Aldo Rossi en la introducción. Y, efectivamente, al lector le quedaba dentro una imagen, un deseo de ciudad distinta, alternativa a la contemporánea, "fea -como escribía Quaroni- porque nadie se ha preocupado nunca de que fuese bella".

El mismo autor acaba de publicar hoy, a diez años de distancia, un nuevo libro, escrito en principio como apuntes para la asignatura de Progettazione Architettonica III, cursado en 1974-75 en la Facultad de Arquitectura de Roma, con el título de Progettare un edificio, otto lezioni di architettura.

Una aparente subversión de su planteamiento, pues, ya desde el título, con respecto al texto precedente: un "salto de escala" del que es lícito buscar razones.

La prepotente formación ecléctica de Quaroni, quizás, pero también las cambiadas condiciones de la Escuela y del trabajo profesional en Italia durante estos últimos años están, en nuestra opinión, entre los posibles motivos de esta operación: si en La Torre de Babel se perseguía, de hecho, un proyecto ideal y, como tal, abierto a sucesivas intervenciones y aportaciones, por la búsqueda de una dimensión nueva y problemática del proyecto de ciudad, en Progettare un edificio se sugiere la operación inversa. Sólo partiendo del conocimiento profundo de un método, el "tradicional", precisamente, es posible llegar al detalle minucioso del organismo constructivo, a través de la integración estructural de sus distintas componentes, resumidas ventajosamente por el autor en la tríada vitruviana de Firmitas, Utilitas y Venustas y en su resultante: Arquitectura, sólo Arquitectura.

Es una posición que, en definitiva, regresa a algunos acentos neo-realistas, al proponer una noción de la disciplina "considerada, principalmente, como una manifestación de la actividad humana, dirigida hacia ofrecer a los hombres los espacios, internos y externos, necesarios al ejercicio de sus funciones institucionales y vitales, desde la escuela a la vivienda, desde el edificio de interés público al conjunto del "corazón" del

barrio y de la ciudad, desde las infraestructuras al paisaje, hasta las estructuras urbanas grandes y pequeñas". Pero quizás se trate, simplemente, de la renuncia a continuar, en la Escuela, su propia investigación, renovando la confianza en la función de la didáctica tradicional.

¿Qué significa, en otras palabras, entender la Escuela como lugar de la simple transmisión de ese patrimonio de técnicas consolidadas, de métodos, de recursos, que el autor ha definido como "los cuidados principales que siempre debe tener quien quiera proyectar un edificio con el método tradicional"?

Según eso la didáctica se descarga de su bagaje de investigación, de tensión inventiva y poética, para refugiarse en la certeza de una práctica completamente conocida, desde la cual sólo son posibles las infinitas "ejercitaciones" proyectuales que el texto, entre líneas, propone.

Pero, ¿no es éste, bajo las apariencias eclécticas y pluralistas, y quizás a causa de ellas, el modo de resucitar la academia?

Francesco Prosperetti

LUDOVICO QUARONI

Progettare un edificio Otto lezioni di architettura

